

Siempre estoy profundamente preocupado cuando oigo a las personas decir, «Tengo miedo de Dios», o «Temo que Dios no me perdonará», o «Tengo miedo de morir. ¿Qué pasa si he hecho algo que Dios no perdonará porque no pedí perdón?» Sin embargo, me pregunto si en la profundidad de nosotros mismos todos nosotros tenemos algo de miedo porque sabemos que, ante Dios, estamos desnudos. No podemos ocultar nada de él, y él puede exponer todo lo que nos esforzamos tanto de ocultar. Este es la historia de Adán que oímos hoy. No solo Adán trató esconderse de Dios, sino que culpó a otros por su pecado. Noten lo que él dijo: «La mujer que me diste por compañera me ofreció del fruto del árbol y comí». Adán culpó ambos a Dios por haberle dado a la mujer y a la mujer por su pecado.

Otra historia en el libro de Génesis sigue a esa: la historia de Caín y Abel. Tanto Caín como Abel presentó a Dios una ofrenda, pero cuando Dios «le desagradó Caín y la suya . . . Caín se enojó sobremanera y andaba cabizbajo». Entonces Dios le preguntó, ¿Por qué andas enojado y con la cabeza baja? Si obras bien, andarás con la cabeza levantada. En cambio, si obras mal, el pecado está a la puerta como fiera al acecho: ¡tú debes dominarlo!» (Génesis 4:6-7). Caín no dominó el pecado. ¡Ay! como a menudo es verdad, el pecado lo dominó. Caín mató a su hermano, y cuando Dios le preguntó, «¿Dónde está tu hermano?» Caín mintió y trató de esconderse de Dios cambiando el tema con una pregunta de su propia: «No lo sé. ¿Soy acaso el guardián de mi hermano?»

Cuando negamos nuestro pecado como lo hizo Caín y como lo hizo Adán, dejamos un legado de pecado a nuestros hijos. Si nosotros no dominamos al pecado, damos a nuestros hijos—a todos aquellos cuyas vidas tocamos—un ejemplo a seguir. A menudo siguen ese ejemplo y van más allá de él. El conflicto dentro de la familia, entonces es inevitable y la culpa intensifica. Es la historia de Adán y Caín en todos los aspectos una vez más.

Nosotros apropiadamente pensamos en la familia terrenal de Jesús como la Sagrada Familia. Pero el Evangelio de hoy nos dice una historia diferente. Cuando la enorme multitud siguió a Jesús a su casa y sus parientes oyeron las historias de su curación y expulsando demonios, ¿cuál fue su respuesta? Ellos «decían que se había vuelto loco». Es casi como si estuvieron de acuerdo con los escribas que decían, «Este hombre está poseído por Satanás, príncipe de los demonios, y por eso los echa fuera». ¡Qué doloroso debe haber sido para Jesús que su propia familia no le creyó y le aceptó!

En este punto Jesús respondió a las acusaciones. «¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? . . . si Satanás se rebela contra sí mismo y se divide, no podrá subsistir, pues ha llegado su fin». También escogió esta ocasión para enseñar tanto una de las enseñanzas

más reconfortantes como una de las enseñanzas más espantosas. Antes que nada, la espantosa: «. . . el que blasfeme contra el Espíritu Santo nunca tendrá perdón; será reo de un pecado eterno». Éste es el pecado imperdonable que mucha gente teme y hace una pregunta. En respuesta, yo quiero leer la respuesta de la Iglesia como enunciado en El Catecismo de la Iglesia Católica:

. . . quien se niega deliberadamente a acoger la misericordia de Dios mediante el arrepentimiento rechaza el perdón de sus pecados y la salvación ofrecida por el Espíritu Santo. Semejante endurecimiento puede conducir a la condenación final y a la perdición eterna (1864).

Ahora miremos la enseñanza de Jesús que trae consuelo. Excepto por ese un pecado, dice Jesús, «a los hombres se les perdonarán todos sus pecados y todas sus blasfemias». Como el Catecismo enuncia, «No hay límites a la misericordia de Dios» (1864).

Así como nuestro pecado puede envenenar a los miembros de nuestra familia y a todo aquellos cuyas vidas tocamos, así también en nuestro esfuerzo por vivir las vidas de amor y servicio a Dios y a los demás, nosotros nos hacemos una parte de una mayor familia: la familia de Jesús.

Jesús no vino entre nosotros para elevar a su madre y al resto de su familia. Oímos hoy que su familia terrenal no inicialmente lo creyó y lo aceptó. Jesús vino entre nosotros para expandir la familia de Dios para que todos—sin importar la raza o etnia, sin importar el sexo, sin importar la posición social—de modo que todos puedan conocer y amar a Dios para que su reino pueda venir y su voluntad sea hecha en la tierra como en el cielo.

Nuestro Dios no quiere que vivamos en miedo o temor, en duda de su amor y misericordia. Él quiere que nos examinemos a nosotros mismos, que seamos honestos con nosotros mismos y los otros, que tomemos responsabilidad por nuestras acciones, no culpando otros o demonizándolos, pero acudiendo a él para buscar su perdón. Jesús sí mismo dijo:

Pidan y se les dará; busquen y hallarán; llamen y se les abrirá la puerta. Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y se abrirá la puerta al que llama (San Mateo 7:7-8).

¡Gracias a Dios!